

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AÑO XXVII | Alicante 25 de Junio 1898 | NÚMERO 56

¡ESPAÑA SE REDIME!

Hay en el Catecismo de la Doctrina Cristiana del Padre Vives, una pregunta y una contestación que respectivamente dicen así:

—¿Cuántos son los enemigos del alma?

—Los enemigos del alma son tres: Mundo, Demonio y Carne.

Y hé aquí cómo una simple pregunta y una sencilla contestación, retratan de cuerpo entero, á fines del siglo XIX, á una Nación embrutecida siempre por los frailes: á la Nación española.

En efecto; démos por sentado que el *Demonio* no sea un espantajo, un mito ó una fábula y que tenga, por el contrario, existencia viva y real cual se nos dice, y que con el *Mundo* y la *Carne*, formen verdaderamente estas tres entidades los tres enemigos del alma.

Pues bien; desde el momento mismo en que reconozcamos que el alma humana tiene tres enemigos, el alma humana progresa por tres conceptos distintos, porque el *Mundo*, el *Demonio* y la *Carne* no son los adversarios del hombre, no son un mal, no son un castigo, sino los tres instrumentos de su progreso físico, intelectual y moral, puesto que el *Demonio* lo espiritualiza en la lucha de espíritu á espíritu; el *Mundo* lo ilustra mostrándole las primeras páginas de los cuatro reinos de la Naturaleza, ya que otra cosa no permite su corta existencia; y la *Carne* lo multiplica, perpetuando, rejuveneciendo y vigorizando la raza humana.

Y estas verdades son tan concluyentes, que San Antonio Abad debe su salvación al mismo *Demonio*, pues que á él venció, según se dice, en todas sus tentaciones; San Luis, Rey de Francia, conquistó el cielo católico, poniéndose en contacto íntimo con el *Mundo*, en la paz como en la guerra, muriendo de la peste en una Cruzada y participando de todos los dolores, desengaños é ingratitudes de todos sus hermanos en Jesucristo, y, en una palabra, Santa Margarita de Cortona y la Santa y bella Magdalena, las dos grandes rameras que alcanzaron de los fieles su veneración en los altares, deben tan alto honor á la venta

de su *Carne* en pública subasta, porque sino hubieran pecado, ni se hubieran arrepentido, ni se hubieran salvado.

Demostrado, pues, por los mismos textos y con los mismos Santos del Catolicismo, que el mal no existe *mas que como menos Bien*, y este *menos Bien*, como momentáneo ó transitorio, para poder comprender el Placer por el dolor, la Luz por las tinieblas, el Calor por el frío, la Paz por la guerra, la Verdad por la mentira, la Vida por la muerte y etc, etc.; vamos á consignar ahora con la elocuencia brutal de los hechos, apoyados en una humilde apreciación nuestra, y por consiguiente, que ni al Espiritismo, á sus adeptos ni á nadie obligan en lo más mínimo á prestar su aceptación, que la redención de España, como Nación, está ya llevándose á cabo por medio de su expiación colectiva, esto es, sufriendo como tal Nación, desde la primera insurrección separatista de 1869, en nuestro concepto, por medio de la guerra, del hambre, de la opresión, de sus Gobiernos ineptos y de la miseria más aterradora, todos los dolores, todas las crueldades, todos los tormentos y todas las iniquidades que hizo sufrir á los pobres indios de América desde pocos meses después de haber descubierto aquella Nación el gran Colón.

Mas como el asunto es muy delicado y en estos supremos momentos en que el conflicto hispano-americano absorbe la atención universal, pudiera parecer interesado todo comentario nuestro en pró ó en contra de nuestra propia Nación, la justicia parece aconsejar que nos limitemos estrictamente á transcribir todos los datos que puedan ilustrar la cuestión, y, á este efecto, empezaremos por manifestar que aquellos están tomados de la «Vida y viajes de Cristobal Colón» por el erudito y fiel historiador Washington Irving—Biblioteca de Gaspar y Roig—Madrid—1851—y á dicha obra remitimos á nuestros lectores para su consulta y comprobación.

Año 1492.—Página 48—«Faltos de los penosos desvelos del hombre civilizado, que solo ha sabido crearse necesidades ficticias, dice Irving, la existencia de aquellos isleños (se refiere á los de la Española, uno de los cinco distritos ó grandes grupos de islas descubiertas por Colón,) les parecia á los españoles un agradable sueño. Nada los inquietaba. Algunos campos, cultivados casi sin trabajo, les daban las raices y legumbres, de que se componia la mayor parte de su alimento. Sus rios y costas abundaban en peces; sus árboles estaban cargados de odoríferos, bellos y sabrosos frutos. Suavizado su carácter por su expléndida naturaleza, pasaban mucha parte del dia en indolente reposo, gozando de aquella riqueza de dulces sensaciones que inspiran un cielo sereno y un clima voluptuoso; y por las tardes bailaban en sus aromáticas arboledas, ó al son de los cantos nacionales, ó al de la ruda voz del tamboril silvestre.»

«El venerable Las-Casas observa, hablando de su completa desnudéz, que casi parecia que estaban en aquella felíz situación en que nuestros primeros padres no habian engendrado aun el pecado original. Hubiera podido añadir, que también parecían libres de la pena decretada contra los hijos de Adan, cuyo *pan habia de comerse regado con el sudor de la frente.*»

Al partir Colón para España por primera vez, dejó construida una fortaleza para defensa de los 30 hombres que componian la guarnición española que también dejó, habiendo dado Guacanagari ó Rey de los isleños de la Española, *dos ó tres esposas*, por lo menos, á cada hombre. Pero aprovechando la guarnición la ausencia de Colón, hasta que regresára de nuevo, cada cual queria llenar de por sí su cofre de oro, y tendian redes *al poder y castidad de las esposas é hijas de los indios*, hasta tal punto, que por los brutales instintos de aquellos indisciplinados españoles, además, llegó á frustrarse por completo la vene-

ración que los indios habian sentido por los símbolos de la fé cristiana, negándose ya el piadoso Guacanagari á dejarse colgar del cuello un escapulario de la Virgen, cuando supo que era objeto de adoración entre los cristianos. (Páginas 74 y 76.)

1494 —A cien mil hombres, dice Irving, aunque lo cree una exageración, ascendian los indios de la Vega, (otro de los cinco grupos de islas antes referidos), para desbaratar el plan de ataque proyectado contra los mismos por los españoles, cuyas fuerzas militares se componian únicamente de 200 soldados de infanteria, 20 de caballeria y 20 perros de presa. Estos perros, azuzados contra los indios, los asían de la garganta, los derribaban y luego los despedazaban. Dada la batalla en Santiago de Cuba, quedó la victoria por los españoles que, sin oposición alguna, mataron cuantos indios quisieron, haciendo tributarios á todos ellos, desde los quince años en adelante, al pago por trimestres, de cierta medida, de polvos ó granos de oro, pero en donde no habia minas de este metal, debia pagar cada indio una arroba de algodón, también cada trimestre, quedando de este modo sujetos para siempre á la más dolorosa *servidumbre*, á consecuencia de lo cual murió de hambre *la mayoria*, porque no pudiendo resistir aquel yugo, abandonaron las islas. (Páginas 105 y 106.)

- 1496.—Uno de los principales españoles, *sedujo ó trató descortesmente* á la *mujer favorita* del cacique Guarionex, el cual indignado renunció una fé y religión que, á su parecer, no reprobaba semejantes actos; y apenas se alejaron los frailes, por orden de Guarionex, entraron varios indios en la capilla de aquellos, hicieron pedazos las imágenes, las pisotearon y las enterraron en un campo inmediato. (Página 129).

1498.—«Aquellas hermosas comarcas, eran, en mil cuatrocientos noventa y ocho, *un vasto teatro donde descollaba la miseria y la desesperación* entre el fúnebre cortejo que acompaña al hambre y á la guerra.»

...Muchas de aquellas ciudades indias, *estaban ya desiertas y silenciosas.*»

...sus habitantes arrastraban la vida en rocas y cavernas, otros reducidos á la esclavitud y muchos habían perecido de hambre ó al filo de la espada de los vencedores.» (Página 138.)

1503.—Cuando los españoles que intervenían en el trabajo de las minas de oro estaban comiendo, los famélicos indios se arrastraban debajo de las mesas como perros, para coger las migajas y huesos de puerco que caían. Después de roerlos hasta más no poder, los molían entre dos piedras y mezclaban el polvo con su pan de casaba (de raices), para que nada se perdiese, de tan exquisito bocado.

...si los indios huían, *se les cazaba como bestias feroces*, se les *azotaba* del modo más inhumano y se les *cargaba de cadenas* para que no volviesen á evadirse.

He encontrado á muchos muertos por el camino, dice Las-Casas, á otros jadeando bajo los árboles, y otros en las agonías de la muerte gritando con voz moribunda: ¡¡hambre!! ¡¡hambre!!

...Baste decir, que tan atroces fueron las fatigas y padecimientos impuestos á aquella raza débil é inofensiva, que *desaparecieron de la faz de la tierra.*»

...Cuando descubrían los españoles á los indios que estaban ocultos, no perdonaban sexo ni edad; hasta las mujeres en cinta y madres con sus niños en brazos, caían traspasadas por las flechas de las ballestas.

...Cuando descubrian uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mujeres é indefensos niños, los españoles les daban despiadada muerte.

«Cortaban las manos á los que encontraban sueltos, y las enviaban, como ellos decían, á entregárselas á sus paisanos en vez de cartas, pidiéndoles que se rindieran. *Innumerables* fueron,—dice Las-Casas,—los que quedaron amputados de este modo, y muchos de ellos, espiraron de dolor y desangrados.»

...Ahorcaban trece á la vez. Mientras las víctimas estaban suspendidas, y todavía vivas, las cortaban y *macheteaban* con las espadas, para probar su fuerza y filo. Las envolvían en paja bien seca y les pegaban fuego; y así terminaban su existencia en la más fiera agonía.—(Páginas 190 y siguientes.)

Y hemos concluido, hemos terminado ya el relato de los crímenes que deshonran á una nación, pero cuando esta es una nación católica, apostólica-romana, entonces podemos decir ya en voz muy alta:—Sí, es verdad—Alejandro Dumas—«*España empieza en Africa*;» pero la Justicia de Dios también es eternamente inexorable, y otros cafres de América, sus más poderosos é ilustrados bandidos, vengarán á aquella inofensiva raza primitiva de la Perla de las Antillas, y vengarán igualmente á las víctimas de la insaciable lujuria de las coronas esquiladas, á los nobles mártires de las islas Filipinas.

Mientras tanto, y pues es justo que España sufra los efectos de su expiación colectiva, aceptemos y bendigamos los hechos vengan de donde vinieren,y digamos sinceramente conmovidos: ¡¡Paso al progreso!! ¡¡Paso á la justicia divina!! ¡¡Paso al látigo de la Expiación!! ¡¡España se redime!!

Lázaro Mascarell.

SECCIÓN DE CRÍTICA RELIGIOSA

Las Noches Alicantinas.

VIII.

PACO.—Por más que los dogmas se empeñen en hacer cada vez más fantásticas, más legendarias, más sobrenaturales las vidas de sus ilustres fundadores buscando para ellos el prestigio de lo incomprensible, de lo maravilloso, de lo extraordinario; como no podrán invalidar las enseñanzas de la historia que nos demuestra que las cosas han pasado siempre del mismo modo, los espíritus sinceramente religiosos iránse acostumbrando cada vez más á leer entre líneas en esas leyendas la verdadera epopeya de cada uno de los Mesías.

GABRIEL.—Las religiones no han visto ó no han querido ver lo siguiente: Si los Cristos,—lo mismo el indio que el galileo—han sido dioses ó hijos de Dios en el sentido que ellas pretenden ¿dónde está el mérito de sus trágicas vidas? Nos han enseñado á redimirnos sellando con su preciosísima sangre la verdad eterna. Y bien! Sócrates, Savonarola, Servet y Bruno siendo hombres? no han hecho lo mismo?

MATÍAS.—No es solamente la Historia la que viene á demostrarnos que los

Mesias son los hermanos mayores de la Humanidad. Ciencia tan hermosa como la psicológica nos demuestra que los prodigios por ellos obrados no son mas que fenómenos naturales cuyas leyes desconocemos.

PACO.—Por eso nosotros ni admitimos á ciegas ni rechazamos á priori los de las diversas religiones, únicamente decimos que hechos análogos de cuya autenticidad no podemos dudar, estudiamos todos los dias. Pero reanudando mi narración. Pasados aquellos primeros dias Cristo se retira á la soledad de un monte distante una legua de Cafarnaum, donde muchas veces acogíanse y que más tarde habia de inmortalizar con oración sublime. Escoje sus Apóstoles, comienza su predicación y con ella la série de sus triunfos. Tienen estos por teatro el monte, el lago, el valle, la floresta. Si habla de las ciudades es para decir: Ay de tí, Jerusalén! Ay de tí, Betsaida! Allí está Satanás, esto es, el clericalismo: tigre sin entrañas esperando ocasión favorable de lanzarse sobre su presa.

MATÍAS.—Una palabra: aparte de que el fariseo y el escriba, prevaricadores y concupiscentes, son figuras odiosas por su fanatismo salvaje que se reproducen con triste frecuencia en los anales de todos los pueblos entre la teocracia rabínica habia alguno...

PACO.—¿Nicodemo? Cierto! No solo defiende á Jesús de las falsas imputaciones de perdido, endemoniado y hereje, que son las mismas que todas las teocracias lanzan sobre cuantos no comulgan en su fanatismo, si que también va á ver al Mesías en la modesta posada en que se hospeda cuando visita á Jerusalen.

MATÍAS.—Escena á mi entender una de las más grandes del Evangelio, porque en esa entrevista queda demostrado que los teólogos más sábios de aquel tiempo ignoraban un principio de la más remota tradición: la pluralidad de existencias del alma.

GABRIEL.—Lo más curioso es que los teólogos de Cristo no la han aprovechado, á pesar de recojer y conservarnos lección tan hermosa.

PACO.—Vaya si la han aprovechado! ¡Acaso no costó dinero alguno tu bautismo? Pero volviendo á nuestra tésis. En el apogeo de su popularidad, Jesús decide penetrar en Jerusalen no como en veces anteriores oscuro y desapercibido, sino en triunfo. Entusiasta y merecido es el recibimiento que la muchedumbre le hace, pero oigamos á su biógrafo: «Y aún el mismo día que el Sal«vador fué recibido en Jerusalén con tan grande pompa y regocijo, revolvién«dose toda la ciudad, después entrando y estando en el templo hasta la tarde, «como significa San Marcos y lo notó la Glosa, no hubo persona que le convi«dase á comer, y así le fué necesario irse ayuno á Betania á la casa de Marta «y Magdalena, sus devotas huéspedas, y de allí luego la siguiente mañana vol«vió á Jerusalén, por la sed y encendido deseo que tenia de su bien.»

MATÍAS.—El dato es elocuente. Por otra parte el clericalismo que, llámese brahman, budhista, judío, cristiano ó musulmán, nunca reconoce autoridad su-

perior á la de sus doctores, siempre se ha mostrado en toda su salvaje ferocidad frente al innovador que, sin más títulos que sus virtudes y su genio, háse atrevido á presentar la batalla al dogma.

GABRIEL.—Y se explica perfectamente. Un carpintero indocto que deja su oficio para predicar con el ejemplo la humildad, la resignación, la fraternidad, en una palabra, todas las sublimes virtudes que predicaba Jesús que va mal vestido, que se rodea de miserables, porque los poderosos, los nobles, sentarán á sus mesas al fariseo, al escriba, les llevarán en sus carrozas, les cederán sus sillas; pero ¡nunca! harán ninguna de estas cosas con los Mesías, ¿qué será, qué puede ser jamás á los ojos del teólogo que viste seda ó púrpura, lleva en sus zapatos hebillas de plata, anillos de piedras preciosas en sus dedos y quizás mitra cuajada de rubíes en su cabeza, más que lo que Jesús fué para los fariseos de su tiempo: holgazán, borracho, amigo de ladrones y rameras, alborotador de plazas y trastornador del orden social?

PACO.—Por eso no es extraño que mientras Jesús ultimaba los preparativos de aquella sublime cena con que se despidió de la humanidad, el clericalismo anduviera sobornando á Judas y maquinando el medio más rápido de acabar con el Maestro incomparable. Hijo de Dios habíase mostrado realmente junto al pozo con la Samaritana á orillas del mar de Tiberiades y cabe la Montaña con la muchedumbre, é Hijo de Dios mostróse en la postrer cena con sus discípulos; pero si he de seros franco no le hallo menos grande en el Huerto de los olivos. La noche, una noche templada de primavera, sin más ruidos que los de sus voces y sus pisadas, sin más luz que el vívido centelleo de estrellas que semejan brillantes engarzados en las ramas de los olivos; Jesús, tras despedirse tiernamente de todos en general y de Pedro Santiago y Juan en particular, se separa de ellos como un tiro de piedra, y ora. Quizás ora por aquellos hombres sencillos cuya fé naciente puede vacilar durante las persecuciones del fanatismo, quizás por el alma de José su padre, por su madre María que va á quedar abandonada; y sin quizás, por el Escriba y el Fariseo que le han denostado, por el Príncipe, que dá sus soldados para prenderle, y por el Pontífice que redacta su sentencia de muerte. ¡Hasta por el Júdas que guía la hueste perseguidora al recinto de Gethsemaní! Ah!

Para abarcar toda la sublimidad de aquella escena hay que considerarle un hombre no distinto de los demás. Es jóven, no solo en la plenitud del genio, si que también en la plenitud de la vida. Enamorado del ideal, ha logrado divulgarlo entre las muchedumbres. Tiene también discípulos fervientes y entusiastas apóstoles en cuyos espíritus lo deja grabado con poderosas sugestiones, pero consumado que sea su heróico sacrificio será apreciado en toda su grandeza? cuando del ignoto ultra-tumba descienda como águila de deslumbrante luz sobre los suyos ¿reconoceránle y le escucharán ó reputándole vano fantasma producto de quimérica alucinación negaránse á oirle y concluirán que la doctrina de la preexistencia es ilusoria y engañosa? ¿Si su vida no va á confundirse

entre las de tantos y tantos ilusos como han llegado á creerse Profetas y Mesías ¿servirá algún día, explotada por otros Fariseos y otros Escribas, para establecer nuevo Sanhedrin inspirado por Pontífices que se digan discípulos suyos? Aun cuando fuese así—que no puede serlo porque el Padre celestial dirije los destinos de la Humanidad—él está satisfecho de la obra que pone en manos del Dios incognoscible, aunque de todo ello no hubiese de quedar rastro alguno, él exclamaría lo mismo dirigiéndose al Cielo: ¡Hágase tú voluntad!

SECCIÒN CIENTÌFICA

CONCIERTOS SIDERALES

VII.

Cronología.—Su principal objeto.—Primeras medidas del tiempo.—El calendario.—Su orígen.—Sus reformadores.—La iglesia católica y el papa Gregorio XIII.—Año común.—Año bisiesto.—Diferentes nombres que tomó el calendario.—Bula de Gregorio XIII.—Enumeración de los primeros paises que adoptaron el calendario gregoriano.—Los protestantes.—Su negativa á recibirlo.—Número de oro.—Modo de hallar el novilunio.—Idem la edad de la luna.—Reglas para componer un calendario.

Vamos á dar término á esta corta serie de articulos, tratando en el presente de los extremos más importantes que se refieren al calendario ó almanaque; el cual para llegar á su entera perfección ha tenido que sufrir en épocas distintas varias reformas: y prestarse además su formación á todo linaje de intrigas y controversias.

Sabido es que la *Cronologia* es propiamente la historia de los tiempos. Más en verdad su fin principal no comprende las medidas del tiempo presente y que se pasa. Esto pertenece á otros importantes ramos de la ciencia. La cronología trata únicamente de los tiempos pasados, del arte de medirlos, de señalar épocas para este fin, etc.

No entraremos, pues, á definir el tiempo ni tampoco á considerarlo metafísicamente. Pocos habrá que ignoren que es una pura abstracción la idea del tiempo; y que, para seguir los progresos de su ascención eternamente igual, los hombres sin duda alguna han de haberse visto precisados, aun en las épocas más remotas, á recurrir á los celestes movimientos, cuya armonía y permanencia parecía asegurarles una exacta medida de la uniformidad.

Es casi seguro que la primera medida del tiempo debió sujetarse á la diurna rotación del Sol; como el espacio que media de un novilunio á otro, es decir, el mes lunar, el primer año ò período de todos los paises de nuestro planeta. Pero advirtióse más tarde que no transcurrian precisamente doce meses desde un invierno á otro, y entonces el año lunar hizose de esta duración. Y

últimamente formóse el año, teniendo en cuenta el curso del astro solar, del tiempo marcado por el punto en que el sol torna á renovar las estaciones.

Para que el conjunto de estas medidas pueda hacerse más facilmente, en el término de un año, compónese lo que vulgarmente se conoce con el nombre de *calendario* ó *almanaque*, cuyo fin principal es distribuir el tiempo de manera que resulte apropiado para los usos de la vida, conteniendo el orden de los dias, semanas, meses, fiestas, etc. que durante un año tienen lugar.

La primitiva composición de nuestro calendario débese nada menos que á Ròmulo; pero desde aquél entonces hasta nuestros actuales días hánse introducido en él algunas reformas. En tiempos de aquél constaba sòlo el año de diez meses; pero más tarde hízolo Numa de doce, añadiendo al año lunar de los griegos de trescientos cincuenta y cuatro días, uno: y para que tuviesen efecto constantemente en iguales días del mes las mismas estaciones, ordenò determinadas intercalaciones.

Aunque no era ciertamente del todo perfecta la citada disposición, era, sin embargo, lo bastante para que con la corrección de algunos días al término de un número determinado de años, fuera factible de estar acorde con los movimientos del Sol. Máshúbose de confiar la custodia del calendario á nuestra Romana iglesia, porque estando destinado á ordenar los días de las fiestas y sacrificios, teníase como parte del culto, y aquella cuya extremada codicia le ha hecho usar siempre de los medios más reprobados y bajos, sin experimentar jamás escrúpulos de género alguno, tomó, repetimos, la custodia del calendario, como un medio de aumentar su poder: lo cual produjo cúmulo tal de intrigas y anarquía tan grande, que los meses destinados á concurrir en el verano sucedieron en la primavera, y los del invierno en el otoño.

Julio César, arrogándose en sí á un propio tiempo las potestades de dictador y de pontífice máximo, propúsose remediar tamaña irregularidad. A este objeto, César, que merece en verdad un distinguido puesto en la ciencia astronómica, no ya solo por la grande instrucción que adquirió de sus principios, sino también por la reforma del calendario, valióse del filósofo y astrónomo Losígenes, hijo de Alejandria, emporio en aquellos tiempos de las ciencias, el cual después de un detenido examen del año lunar de Numa, halló que el mejor partido que convenia seguir era abandonar dicho año y en lo sucesivo arreglar el año civil sólamente al curso del sol. Reformado ya de esta manera el calendario, tomó el nombre de aquél célebre emperador, y denominóse por lo tanto *juliano*.

El año hízose, pues, de trescientos sesenta y cinco dias, suponiendo la anual revolución del astro solar de igual número de éstos, añadiendo á cada cuatro años un dia más.

Entre los *cronólogos* llámase al año cuarenta y cinco antes del crucificado en que la citada reforma tuvo efecto, *año de confusión*. Porque habiéndose alejado nada menos que en sesenta y siete dias del solsticio de invierno, el principio del año, hubo necesidad de añadir, además de la ordinaria agregación de veintitres dias que según el calendario antiguo, correspondian al mismo año, la friolera de dos meses. Por lo cual constó este año de cuatrocientos cuarenta y cuatro distribuidos en quince meses: sacrificándose el veinticinco

de Septiembre el equinocio, y contándose desde los cuarenta y cuatro años antes de Cristo; los julianos.

Según ésto, vemos que estaba dispuesto el calendario juliano por periodos de cuatro años: llamándose á los tres primeros que compónense cada uno de trescientos sesenta y cinco días, *años comunes*, y al cuarto, *bisiesto;* que, como es por demás sabido es de trescientos sesenta y seis días.

En el espacio de cuatro años, de las seis horas de cada uno de éstos, se hace un día y éste colócase después del veinticuatro de Febrero que era el sexto de las calendas de Marzo; de aquí que denominándose *bis sexto calendas*, recibiera así mismo el nombre de *bis sextus*, el año en que correspondia, y por ende bisiesto.

Actualmente el dia á añadir, esceptuando para las fiestas de la Iglesia, no se toma como la repetición del veinticuatro de Febrero, colócase aquél al fin de dicho mes, y lo hace, como todos sabemos, de veintinueve dias.

Como acabamos de hacer notar, suponiendo el movimiento anual del sol, ó el año astronómico, que es lo mismo, exactamente de trescientos sesenta y cinco dias, seis horas: el año juliano excedia en once minutos próximamente al verdadero solar, la cual diferencia ha dado pié á la última reforma del calendario que nosotros usamos. Esta diferencia, aunque ciertamente muy insignificante por sí sola, acumulándose desde los dias del ilustre emperador Julio César, habia llegado á cifra tan considerable que no era en verdad de menos de diez de aquéllos el desarreglo que resultaba en la época del romano pontífice Gregorio XIII. Habrá seguramente quien ignore que el dia de la celebraciòn de la Pascua es debido al concilio de Nicéa, el cual halló que acontecía precisamente el veintiuno de Marzo del año trescientos veinticinco de nuestra era, el equinoc o de primavera. Mas habiéndose ido anticipando constantemente el citado equinocio, resultó que al ocuparse de la corrección del calendario en el año 1582, pasaba el sol por el ecuador con una anterioridad de diez dias que en la fecha del niceno concilio, ó sea e once de Marzo.

(*Concluirá.*)

SECCIÓN LITERARIA

LA ESPERANZA

En el abismo la sombria esfera
del mundo desespera.
Ni sufrir ni vivir el hombre quiere:
por doquiera se ve su inmensa huída
del dolor y la vida:
por doquiera se mata, que no muere.

¡Oh cáliz del deber! en vano dora
tu luz deslumbradora
la noche, el huerto, el olivar sombrío:
todos le dicen al Señor:—¡Que pase!—
y ninguno esta frase:
«Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!»

Nadie la voz de su conciencia escucha
cuando le dice:—Lucha.—
... —¿Quiénes hoy esas órdenes acatan?—
Isabel y Marsilla, los amantes
infortunados, antes
reluchando morían: hoy se matan.

Sin piedad á su cándida hermosura,
inmólase la pura
vírgen en pos del celestial cariño.
Inmólase el enfermo y el anciano
á su tumba cercano:
baja del éther y se inmola el niño.

¡Ni una mirada á la celeste cumbre!
La ciega muchedumbre
no ve cuán bello el Ideal fulgura,
y es presa, en las entrañas del abismo,
del mónstruo Excepticismo
que la devora entre tiniebla oscura.

De la mente las lúgubres regiones,
de grandes negaciones
cual gigantes murciélagos cubiertas...
¡Del corazón sobre el inmenso pozo,
el último sollozo
de las divinas Esperanzas muertas!

Audaces los espíritus—aurigas
sobre ardientes cuadrigas
de pasiones indómitas sin freno—
despeñándose en negros precipicios...
En el fondo los vicios
como reptiles del inmundo cieno.

Ser á ser, pueblo á pueblo, enardecida
la lucha por la vida
que estalla en las especies inferiores...
¡Mi pan! mi bien! mi sol! mi territorio!—
la lid del infusorio
en la gota perdida entre vapores.

De intereses pequeños y apetitos
los hervores, los gritos,
los «¡pido la palabra!» y roncos «mueras»,
y el banquete y el *meeting* y el congreso.
¡no la ágapa y el beso
del mártir de la luz ante las fieras!

Buscando en todo la velada gnósis,
con trémula neurósis
y epilepsia moral, el hombre errante
que lleva por do va suplicio interno,
en este siglo-infierno,
espanto de los círculos del Dante.

Doquier lo infame y lo brutal: violado
el niño y arrojado
muerto á los buitres en abrupta sierra:
la heredera—que estorba—hipnotizada
y después enterrada:
¡luchando en su ataud bajo la tierra!

De hemisferio á hemisferio y polo á polo
desequilibrio solo:
arriba libertad, ócio y derroche:
abajo esclavitud, lucha, trabajo,
miseria: más abajo
ignorancia y rencor:—cólera y noche.—

¡La dinamita que tronando estalla!
la súbita metralla
que hiere al inocente, no al culpado,
aunque quizás al mismo que la arroja,
de su mano despoja
y le tiende sin vida y destrozado!

Las potencias más pérfidas y suaves,
deslizando sus naves
junto á Siam y á Salomón dormidas...
La aparición siniestra del corsario,
donde el mar solitario
guardó nuestras Hespérides floridas.

Sobre los pueblos—providente enjambre
que aquejado del hambre
elabora ambrosía á sus señores—
los imperios, las águilas guerreras,
las aves carniceras,
la voráz *conjunción* de emperadores.

¡Ved como brindan á la faz de Europa
levantando la copa
del néctar de la paz sobre la tierra!
¡Ay! que fulmíneos relumbrando lejos,
del cristal los reflejos
son siniestros relámpagos de guerra!

¿Ois un rumor que del desierto asciende,
que estalla, que se extiende
en frenéticos gritos de venganza?
¿Veis un mar de cabezas... de pupilas
flamígeras de Atilas?...
¡Es la social revolución que avanza!

¡Es que ya la cansada muchedumbre
rompió su servidumbre!
¡Que asalta el espiral ciclópeo abismo:
que anega al globo, que rugiendo airada
prorrumpe:—¡Todo ó nada!
¡¡Aquí la recompensa y ahora mismo!!

¿Qué es esto, Eterno Dios? ¿Es que ha llegado
su fin, que se ha agotado
la klépsidra de un orbe corrompido,
ó con punible y lánguido abandono
al pié de tu áureo trono
la divina Esperanza se ha dormido?

¡Despiértala, Señor! Vé que ya es hora.
¡Un ancla salvadora
al navío de un mundo que naufraga!
¡Un faro, un puerto, un alba, un sol riente
sobre el mar, cuyo hirviente
negror en sus vorágines nos traga!

¡Luzca su iris purísimo la ciencia!
¡Que la humana conciencia
rompa por fin de su letargo el yugo!
¡Oiga al brillar de la creciente aurora,
la voz reveladora
de Kardec, Flammarión, Pezzani y Hugo!

¡Ya la infinita bóveda del cielo
resplandece sin velo!
—¡Ved brillar su riquísimo tesoro!
¡Ya en sus senos más hondos, más profundos,
hormiguean los mundos,
—¡polvaredas de luz y chispas de oro!—

¡Ya avanzan en magníficas oleadas
y espléndidas miriadas
desde el confín del horizonte en fuego,
esos soles moléculas que crecen,
se agigantan, decrecen,
pasan, huyen, se abisman...—¡Y otros luego!

¡Ya se ven otros cielos tras los cielos,
y otros giros y vuelos
de todo globo, sol, creación, esfera,
y entre conos de sombra y claridades,
bullir humanidades
sin paz, sin fin, sin término ni espera!

¡Ved el ser, ved el alma, eterna, pura,
varia, espléndida, oscura;
caer, vencer, alzar triunfante grito,
subir por cien mil fúlgidas escalas
de soles, y abrir alas
y perderse en la luz del infinito!

Y en su ascensión, su vuelo, su odisea,
su iliada, su pelea;
vida á vida, victoria tras victoria,
progresar, ser el genio, el santo, el ángel,
el mártir, el arcángel,
¡el Dios, desde el abismo hasta la Gloria!

¿Qué es el hoy? ¿Qué es la Tierra? ¿Qué es el duelo?
un relámpago, un vuelo
de partícula breve y fugitiva...
¡Arriba el corazón de los humanos!...
¡Arriba, oh mis hermanos
de cautiverio y expiación... arriba!

¡Caiga la copa del mortal veneno!
¡el revolver, que el trueno
y el rayo matador al puño trajo!
¡Abajo la cuchilla ensangrentada,
y el dogal y la espada,
y el ara, el templo de Moloc, abajo!

¡Oigan toda virtud y sacrificio,
todo triunfo ó suplicio,
toda cruz, todo Gólgota do muere
todo pálido Cristo: Dios existe
y es amor: ya lo viste,
¡oh universal, oh eterno miserere!

¿No ois bajar de la postrer altura
una voz, una pura
voz de querub, un cántico que avanza,
que dice ser á ser, esfera á esfera:
—Espera, espera, espera?
¡Gracias, bondad de Dios, es tu Esperanza!

Salvador Sellés.

VARIO

¡Á TRABAJAR, ESPIRITISTAS!

Discurso leido por su autora, la eminente poetisa D.ª Belén Sárraga de Ferrero en el «Centro Espirita» de Mataró.

Señores y hermanos.

El Espiritismo, nuestra creencia, nuestra doctrina, como queráis llamarle, contando en su seno, (que hoy abarca ambos hemisferios), multitud de adeptos; avanza radiante, no obstante los terribles obstáculos que encuentra en su camino: se le vé adelantar, año por año, día por día; hoy somos más y mejores que ayer; mañana seremos más y mejores que hoy; no hay que estrañar ésto, es la ley del progreso que se cumple.

¿Mas por qué en España no brilla el Espiritismo con todo el esplendor que ostenta en otros países, en América por ejemplo? ¿es que somos pocos los afiliados? No: somos muchos, muchísimos; seríamos más que suficientes si todos los que creen proclamasen en alta voz su creencia y por ella trabajasen; pero no sucede ésto, sino que por el contrario, multitud de espiritistas se olvidan de su verdadera misión que es hacer luz por todas partes y creen cumplir como buenos al evocar á los espíritus en el interior de sus casas y sin que nadie se entere de sus evocaciones. ¡Ah! cuán engañados viven los que así juzgan cumplidos sus deberes! La obligación del espiritista es trabajar por su causa, trabajar por arrancar el fanatismo de las conciencias de sus hermanos, trabajar por el progreso universal, único medio de alcanzar su propio progreso.

Tended la vista á vuestro alrededor, para convenceros de que si alguna vez ha sido preciso vuestro concurso para la gran obra, es ahora la ocasión más propicia. Mirad: el fanatismo bate sus negras alas sobre nuestro pueblo y la intolerancia afila sus terribles armas en la oscuridad. Todos nos hallamos amenazados, pero nadie tanto como los espiritistas, porque siendo nuestra racional enseñanza foco de luz, á ocultar esa luz han de tender y tienden todos los esfuerzos de los sectarios de las tinieblas. ¿Lo consentiréis vosotros, los creyentes de corazón? De ninguna manera.

Ya hace tiempo que tras algunas escaramuzas sin resultado, dejóse á los espiritistas relativamente tranquilos; mas breve espacio de tiempo ha sido éste, y la lucha vuelve á comenzar de nuevo. Una mala acción cometida por un sér desdichado, que, sin serlo, se llamaba hermano nuestro en ideas, y digo sin serlo, porque dentro de la verdad espírita no cabe nada que no sea justo y moral; (1) este hecho repito, que todos conocéis, ha bastado, ha sido el pretexto para que el clericalismo se ensañe contra nosotros. De la maldad de un hombre, ageno por completo á nuestra causa, pretenden hacer responsable á toda una idea; idea que continuamente les prueba por medio de los que la practican, que nuestro lema es la libertad de conciencia, la justicia y la moralidad No contentos con este ataque, aquí, muy cerca de nosotros válense de sus mañas para conseguir que nuestros òrganos de propaganda, donde van todos nuestros esfuerzos sean detenidos en su camino, sin hallar medio de poder llegar á donde van dirigidos. Los enfermos de los hospitales, los infelices presidiarios, muchos de ellos convertidos en hombres honrados por nuestra regeneradora doctrina, se ven privados de sus enseñanzas y sus consuelos, porque entre esos desgraciados y nuestra palabra se alza la imposición clerical negándoles la luz que comenzaba á iluminar su cerebro, aun á despecho de la ley, que por la tolerancia de cultos está imposibilitada para poner trabas á nuestra propaganda.

¡Y bien! ¿qué haremos nosotros? ¿permaneceremos impasibles, cada uno dentro de su hogar, aceptando la responsabilidad mañana de que estos mismos presidiarios que habían comenzado su redención caigan de nuevo en el crímen por falta de luz? ¡Jamás! A luchar, buenos espiritistas, que la causa de la justicia está amenazada; alzáos todos, arrojad lejos esa apatía y preparaos á

(1) Se hace alusión al tristemente célebre asunto *Nicasio Unciti*. (N. de la R.)

presentar al mundo el sublime espectáculo de todo el elemento espiritista luchando por la redención de sus hermanos.

¿Y cómo hemos de luchar? diréis. Con las buenas armas, con las únicas armas que el espiritista puede emplear dentro de su causa. A la intransigencia, opongamos la libertad de pensar; á sus hipocresías, buenas acciones; contra su egoismo, protejamos al débil; y ante el anatema que lanzan sobre nuestra doctrina, opongamos una propaganda rápida de esta misma doctrina racional y justa como es en sí: y todo esto alto, muy alto, sin ocultarse, porque haciéndolo nos engrandecemos á nuestros propios ojos. De este modo la sociedad toda juzgará, y, juzgando, comprenderá la diferencia enorme que hay de su fanatismo impropio ya de nuestros días, y nuestra doctrina moral y regeneradora.

Haciéndolo así, habremos cumplido con un deber dejando en su verdadero lugar nuestra bandera y, al mismo tiempo, habremos conseguido hacer luz en muchas inteligencias hoy oscurecidas.

¡Ánimo pues, espiritistas! desechad vuestra indiferencia, y á cumplir con vuestro deber. No más vacilaciones, no más retraimientos. ¡Que el enemigo común nos vea á todos en apretadas filas, trabajando por el bien!

Véanse los Centros espiritistas llenos de hermanos, no deje ninguno de concurrir á los actos públicos donde la verdad se manifiesta. Todos nosotros sin distinción, tenemos el deber de prestar nuestro concurso grande ó pequeño, en pró de nuestros ideales; y el que así no lo haga, el que por egoismo prefiera la tranquilidad de su casa á la lucha por el ideal más noble, ese, ni merece ser espiritista ni tiene el derecho de llevar ese honroso nombre.

A trabajar, pues, todos con entusiasmo y constancia, que aunque aquí en la tierra no encontráramos compensación á nuestros sacrificios, sabemos que allá en el espacio, donde las acciones todas se pesan en la balanza de la verdadera justicia, encontraremos el premio á nuestros afanes que no son, en suma, sino el cumplimiento de un deber tan elevado, como el de trabajar por y para el progreso en todos sus múltiples desarrollos.—He dicho.

CRÓNICA

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores, que las oficinas de esta Revista han sido trasladadas á la calle de TORRIJOS, 82, 1.º, 2.ª, donde en lo sucesivo se dirigirá la correspondencia y el cambio.

∴ Hacemos un llamamiento á aquellos de nuestros queridos suscriptores que todavia no han satisfecho el importe de su abono, para que durante el próximo mes de Julio se sirvan ponerse al corriente con esta Administración. Pues debido á la falta de cumplimiento de la mayor parte de ellos al compromiso que voluntariamente se han impuesto nos vemos imposibilitados de poder terminar la publicación de «El Teatro Espiritista,» suspendiendo desde el presente número las 16 páginas de folletín que le corresponden.

Confiando, pues, que los expresados correligionarios atenderán nuestro llamamiento, en el próximo mes de Julio incluiríamos, en unión de las referidas

16 páginas del presente, cuatro más y cubiertas, con lo que quedará terminado el volumen 2.º de nuestra *Biblioteca selecta.*

.·. Hemos recibido de nuestro querido é ilustrado correligionario D. Ubaldo Romero Quiñones, el precioso libro *Mi Religión*, del conde ruso León Tolstoï, traducido y anotado por aquél.

.·. También hemos recibido por conducto de nuestro apreciable cofrade *La Unión Espiritista*, de Barcelona, la interesante obra, en lengua francesa, del fecundo é inspirado correligionario D. León Denis, intitulada CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO.

Tanto de ésta como de la anterior producción nos ocuparemos, á ser posible, en el próximo número.

En el interin, no podemos por menos que agradecer su envío y recomendar su lectura á nuestros correligionarios, pudiendo hacer los pedidos á esta Administración.

.·. La importante casa editorial de D. Luis Tasso, de Barcelona, ha tenido la atención, que le agradecemos de remitirnos el cuaderno primero de su nueva publicación titulada *La Armada Española*, magnífica y lujosa colección de preciosos fotocromos, reproducción de bellísimas acuarelas que con destino á esta obra acaba de pintar el reputado artista D. F. Hernandez Monjo, representando los diversos tipos de buques de combate con que actualmente cuenta nuestra gloriosa Marina de guerra.

La Armada Española se publica por cuadernos de cuatro riquísimas láminas cromotípicas, tamaño 27×34 centímetros, impresas con toda pulcritud á una sola cara en papel superior, acompañando á las mismas, en pliego separado, el correspondiente texto ó explicación, y se repartirá por lo menos dos cuadernos cada mes, al precio de cuatro reales cada cuaderno en toda España.

.·. La sociedad Espiritista «El Renacimiento,» de Algeciras, ha tenido la bondad de remitirnos su Reglamento.

Le auguramos una vida próspera, con el fin de que pueda difundir profusamente la benéfica semilla del sublime Espiritismo.

.·. Tomamos de nuestro recomendable colega *Lumen*, de Barcelona:

"Tenemos en estudio un asunto de tan grande transcendencia para el Espiritismo, que no titubeamos en afirmar depende de él tener ó no asegurada por siempre más su propaganda en nuestra nación.

Como no ha de tardar mucho tiempo en que hagamos un llamamiento á nuestros queridos hermanos para que se interesen en esta obra, tan colosal por sus resultados como insignificante por los esfuerzos que ha de costar, hacemos punto, reservándonos dar los detalles en ocasión oportuna."

Esperamos con impaciencia noticias concretas de tan trascendental proyecto, ofreciendo, desde luego, prestarle nuestro modesto cuanto entusiasta concurso.

.·. Importantísima en todos conceptos ha resultado la Asamblea celebrada en Gerona los dias 29 y 30 del pasado mes, por la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña.»

Nosotros bien hubiéramos querido publicar aunque hubiese sido un suscinto extracto de ella, vedándonoslo la falta de espacio.

Al felicitar á tan entusiastas como ilustrados correligionarios, LA REVELACIÓN se felicita á sí misma puesto que no puede ser agena á todo lo que se relacione con la propaganda de nuestros ideales de redención.

Imprenta de MOSCAT Y OÑATE, Plaza Isabel II, núm. 10.—ALICANTE.